

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo VII

Lima, Noviembre-Diciembre de 1939

Número 8-9

LA LENGUA DE JESUS Y DEL PROTEVANGELIO (1)

Por TEÓFANES CALMES, SS. CC.

Cuando fueron escritos los libros del Nuevo Testamento, o sea en la segunda mitad del siglo primero, el griego era la lengua universal del mundo civilizado. Las conquistas de Alejandro habían difundido en todo el Oriente la cultura helénica. No solamente en Asia Menor y en Egipto, sino también en Siria imperaba la lengua y el genio griego. El arameo se hablaba todavía y se mantuvo en varios centros, especialmente en Antioquía, hasta la invasión del Islam. Sin embargo, los Judíos de Palestina se hallaban sometidos, más que cualquier otro pueblo, a la influencia del helenismo (2). Pero el idioma griego quedó para ellos "el idioma extranjero". El advenimiento de Herodes el Grande no hizo sino acelerar el movimiento del helenismo. Ese monarca tenía por primer ministro a un sabio griego, Nicolás de Damasco, e hizo educar a su hijo en Roma; sus tropas se componían de soldados extranjeros, que no hablaban sino griego. La dominación romana que, a partir del año 6 hasta la ruina de Jerusalén, se extendió sobre la Judea y la Samaria, lejos de ser un obstáculo a la propagación del helenismo, la favoreció. El griego siguió siendo la lengua oficial, y el latín era conocido co-

(1).—Se entiende por Protevanglio el Evangelio anterior a los Evangelios canónicos — predicación apostólica y fragmentos escritos que circulaban entre los primeros discípulos de Cristo.

(2).—Esa influencia se manifiesta claramente en los nombres de las principales ciudades: Ptolemáida, Filadelfia, Scythopolis, Hippos, Pella, etc.

mo una lengua extranjera, aún que se usaba a veces para ciertas notificaciones administrativas, como lo vemos por la inscripción de la cruz (3). Las tropas romanas que ocupaban el territorio eran de habla griega. Los empleados del fisco podían ser de origen judío, pero a la condición de saber el griego (4). En una palabra, se puede decir que, en los tiempos de Nuestro Señor, la Palestina era helenizada.

En cuanto a la ciudad de Jerusalén, era la metrópoli religiosa para los Judíos de la Dispersión, así como para los de Palestina. De los peregrinos que acudían a ella para celebrar las solemnidades, muchos habían olvidado el idioma materno o habían sido educados en la lengua griega. Había además los que llamaban "Helenos" o gentiles prosélitos que iban, ellos también, a tomar parte, en cuanto su condición se lo permitía, a las fiestas judías. Por otra parte existía, entonces como hoy, un movimiento de inmigración; muchos judíos iban de todas partes a la ciudad santa para tener la dicha de acabar sus días a la sombra del santuario nacional. Esa importante porción de la población, seguía usando el idioma griego. Son esos israelitas helenizados que el libro de los *Hechos de los Apóstoles* llama "Helenistas" (5), por oposición a los genuinamente palestineses que hablaban el arameo y que, por eso, son llamadas "Hebreos". Esos "Helenistas" tenían sus sinagogas especiales, en que el servicio litúrgico se hacía en griego y la biblia se leía en la traducción de los Setenta. Hasta en las principales familias rabínicas se hablaba griego y se educaba a los niños en ese idioma. El mismo pueblo participaba de esa elegancia. Así vemos como los apóstoles Andreas y Felipe eran conocidos por su nombre griego, hasta el punto que no se sabe como se llamaban en hebreo. Todo induce a admitir que, en los tiempos apostólicos, el griego era generalmente comprendido en Palestina y especialmente en Jerusalén (6). Cuando, después del martirio de San Esteban, los

(3).—Evang. de S. Juan, XIX, 20.

(4).—Tal era el caso, sin duda, del apóstol S. Mateo. Véase Evang. Mt. IX, 9; Mc. II, 14.

(5).—Act. Ap. VI, 1.

(6).—Los *Hechos de los Apóstoles*; único documento que nos proporciona algunos datos sobre ese particular, supone que el griego era el idioma más corriente entre los primeros cristianos. Las 8000 personas convertidas por San Pe-

cristianos se dispersaron, se acogieron a ciudades en que se hablaba tanto griego como arameo (7). Podemos afirmar que, ya anteriormente a las misiones de San Pablo, el cristianismo había cundido sobre todo en el mundo griego o helenizante. En la primitiva Iglesia "Hebreos" y "Helenistas" vivían juntos en una misma sociedad. En tales circunstancias, sería inverosímil que los apóstoles no se hubieran esforzado en adquirir el conocimiento de un idioma sin el cual una parte notable de la comunidad quedaba fuera de su alcance.

El estado de cosas que acabamos de bosquejar —combinación de griego y arameo, de tradición judáica y de cultura helénica— se personifica, por decirlo así, en la vida y apostolado de San Pablo.

Se equivocaría grandemente el que se representara el apóstol de los Gentiles como puro helenista. En dos de sus epístolas (8), se proclama "hebreo". Al leer atentamente los dos lugares en que reivindicaba ese título, uno se convence fácilmente de que no se refiere ni a su nacimiento, ni a su educación; se dice hebreo para distinguirse de los "helenistas", conforme a la terminología corriente (9), con el objeto de procaverse ante los judeo-cristianos contra sus adversarios venidos de Palestina, tierra de Israel y patria de Jesús, que tratan de desprestigiarlo, dándolo como extraño a la lengua y a las tradiciones nacionales. Las circunstancias de ese conflicto explican el énfasis con que se dice "hebreo [hijo] de hebreos" (10). El hecho que hubiera sido enviado en su juventud a Jerusalén para oír las lecciones de Gamaliel (Act. Ap. XXII, 3), hubiera podido explicar su cultura rabínica y su conocimiento del arameo como un simple resultado de su estadía en la metrópoli. Pero que-

dro el día de Pentecostés eran, por la mayor parte, peregrinos venidos de países donde se hablaba griego (II, 9-11). Ciertamente que, un poco más tarde, cuando San Pablo dirige la palabra a los Judíos de Jerusalén, lo hace en "hebreo", es decir, en arameo (XXI, 40), pero la extrañeza que manifiestan los oyentes deja entender que estos contaban con que iba hablar en griego (XXII, 2).

(7).—Cesarea (Act. Ap. VIII, 40; X, 1; XXI, 8), Tiro y Plotemáida (Act. Ap. XXI, 4-7), Chipre y Antioquía (Act. Ap. XI, 19-21).

(8).—Segunda a los *Corintios*, XI, 22 y a los *Filipenses*, III, 5.

(9).—Es hebreo en cuanto el arameo es su lengua materna. Rom. VIII, 15; I Cor. XVI, 22; Gal. IV, 6.

(10).—"Fuí circuncidado al octavo día, soy del linaje de Israel, de la tribu de Benjamin, hebreo de hebreos, fariseo en la ley". Ep. a los *Filipenses*, III, 5.

daba siempre, ante sus enemigos, con una mancha original, en cuanto nacido de padres "helenistas". De ahí que se proclame con tanta energía hijo de padres "hebreos", lo que quiere decir que el arameo es el idioma que ha oído desde su más tierna infancia y en que su madre le ha enseñado a rezar. Es oriundo de Tarso en Cilicia (11). Pero parece haber nacido de familia recientemente emigrada de Palestina y que se ha mantenido moralmente unida a su país de origen. Eso explica como, aunque nacido en una comarca profundamente helenizada, el niño recibió el nombre hebreo de Saúl y, desde jovencito, fue enviado a Jerusalén para recibir una educación rabínica al lado de Gamaliel. Ciertamente es que, durante su permanencia en esa ciudad, frecuentó la sinagoga de los hebreos y estudió la Biblia en el texto hebraico. Por lo demás, su estilo revela una educación puramente semítica. Se hecha de ver que el griego es para él un idioma extranjero. El mismo reconoce su deficiencia en materia literaria (12). Sin embargo, esa deficiencia se manifiesta solamente en la estructura de la oración y de ninguna manera en la terminología; su vocabulario es riquísimo y abunda en términos abstractos. A pesar de todo, San Pablo es un letrado. Puede ser que haya aprendido el griego únicamente para las necesidades de su apostolado, pero lo ha aprendido de hombres cultos. Algunos indicios permiten suponer que alcanzó a conocer las obras de poetas y filósofos. Pero todo eso no es más que un barniz de helenismo que se ha sobrepuesto a la educación primitiva: *nacido "hebreo", se ha hecho "helenista"*.

Por lo que acabamos de decir, es evidente que la lengua del Nuevo Testamento no es otra que la que se difundió por todo el Oriente a raíz de las conquistas de Alejandro (13), idioma popular cuajado de provincialismos y que se modificaba, según el genio de los pueblos que lo adoptaban. A pesar de los esfuerzos hechos por algunos literatos para devolverle su pureza original, conservaba

(11).—Act. Ap. XXII, 3; comp. IX, 11; XXI, 39.

(12).—"Dado que yo sea tosco en el hablar..." Seg. Epist. a los *Corintios*, XI, 6; comp. I, Cor, I, 17.

(13).—Por oposición al aticisino clásico, se la llamó "vulgar" (koiné) o "dialecto helénico" (heleniké dialektos). Comparada con el griego del siglo de Pericles, viene a ser más o menos lo que fué el latín de la Edad Media respecto de la latinidad del siglo de Augusto.

siempre, en la boca de los "Bárbaros", un carácter exótico muy acentuado. Degeneraba a veces hasta el punto de mudarse en un idioma híbrido. Esto, sin embargo, no fue el caso para los judeo-cristianos. Si bien hubo lo que se ha llamado el "griego de la Sinagoga", esa denominación no conviene de ninguna manera a los escritos del Nuevo Testamento. Se los puede caracterizar bastante bien diciendo que acupan, en la literatura judeo-griega, el término medio entre el estilo algo bárbaro de los Setenta y el grecismo castizo de Philón.

Es un hecho hoy día universalmente reconocido que, en los tiempos de Jesucristo, los Judíos de Palestina no hablaban el hebreo bíblico. No usaban tampoco ningún dialecto híbrido, análogo a los que han adoptado en los tiempos modernos (14). Su lengua era el arameo o siriaco. En nuestros días, se ha acostumbrado aplicar ese último término al idioma que los escritores cristianos emplearon, a partir del siglo III, para redactar los numerosos escritos que han ilustrado la Iglesia siria, especialmente la ciudad Edesa. Pero los Israelitas de los últimos siglos antes de Cristo llamaban indistintamente siriaco o arameo su idioma popular. Ese idioma, que llamaremos *arameo*, para conformarnos a la terminología corriente, parece haber sido la lengua común entre los Judíos a partir del siglo V antes de Cristo. Se extendió rápidamente y, a pesar de la competencia que le hiciera el griego con las conquistas de Alejandro, logró mantenerse en Oriente hasta la invasión del Islamismo, época en que fué sustituido por el árabe (15). Ciertos pasajes del Antiguo Testamento permiten creer que, ya desde el año 700, estaba en uso para las relaciones diplomáticas e internacionales (16). Se puede asegurar que, durante la dominación persa, era la lengua administrativa

(14).—Especialmente el yiddisch, idioma artificial usado por los judíos de la Europa Central, combinación monstruosa de hebreo y de alemán.

(15).—No desapareció por completo, ya que se encuentra todavía en la región de los lagos Van y Urmiah.

(16).—Estando sitiada la ciudad de Jerusalén por el ejército asirio, Sennacherib envía embajadores a Ezequías para inducirlo a capitular, y se establece un violento altercado entre los representantes de ambos reyes, a la puerta de la ciudad, en presencia del pueblo sitiado, que observa la escena desde la muralla y sigue la conversación. Entonces el representante de Ezequías dice a su interlocutor: "Rogámoste que nos hables a nosotros, tus siervos, en *arameo*, pues entendemos esa lengua, y no en el *idioma judáico*, lo cual entiende el pueblo que está sobre la muralla" IV Reg. XVIII, 26; Isaías, XXXVI, 11.

en toda la parte occidental del imperio, y esa circunstancia explica como se vulgarizó en los pueblos de habla semítica, especialmente entre los Judíos, de tal manera que, al advenimiento del Cristianismo, la lengua de los antiguos Hebreos, "la lengua de Canaán", como la llamaban, se hallaba reducida, desde tiempo atrás, al estado de lengua muerta. El uso del arameo no se limitaba a la Palestina propiamente dicha; había invadido las ciudades marítimas de Tiro y Sidón, reemplazando el fenicio, mientras que, hacia el este, abarcaba toda la extensión del imperio nabateo, desde el golfo elanítico hasta Damasco. Pero los judíos, aunque hablaran arameo, conservaban y cultivaban cuidadosamente la lengua de sus antepasados; el hebreo seguía siendo para ellos "la lengua sagrada". Lejos de haber caído en olvido, era de un uso corriente en las sinagogas para la lectura y el canto. Con todo, a partir del siglo III, fue una lengua de eruditos. Los rabinos hacían vanos esfuerzos para hacerla revivir; quedaba reducida al estado de lengua litúrgica y teológica, como hoy día el latín. Ese uso restringido pero noble constituía un privilegio que debía fatalmente desacreditar el idioma plebeyo, el arameo, y establecer cierta oposición entre la lengua de los literatos y la que los sabios llamaban con desprecio "lengua de los ignorantes y profanos". Y sin embargo, para los mismos sabios, esa última era el idioma materno. Ciertamente que una ley hacía una obligación a los padres de familia de enseñar el hebreo a sus hijos varones. Pero esa misma prescripción prueba que, en ese punto, la negligencia era general. En cuanto a las mujeres, no tenían nada que ver con la literatura sagrada, de modo que, en los tiempos de Jesús, el hebreo no era para ningún judío la lengua materna en el sentido literal de la palabra.

El arameo tuvo forzosamente que modificarse según los pueblos que lo adoptaron — Judíos, Samaritanos, Sirios, Edomitas, Nabateos. Entre los Judíos sobre todo estuvo sometido a la reacción constante del hebreo y revistió un colorido que permitió, forzando el sentido de las palabras, darle el título de "dialecto hebráico" (17). Esta última expresión tiene su explicación en el amor propio nacional, pues se podía considerar el uso del arameo como el carácter distintivo de los que pretendían permanecer fieles a las tradiciones

(17).—*Hechos de los Apóst.*, XXI, 40; XXII, 2.

nacionales frente a la invasión del helenismo. De ahí la distinción de los Judíos en dos clases: "hebreos" y "helenistas". Se ha pretendido a veces que, en la época de Jesucristo, el idioma de Jerusalén era el hebreo. Esa opinión carece de fundamento. Los habitantes de la ciudad santa, como los demás Judíos de Palestina, hablaban el arameo como se echa de ver por los topónimos (18). En cuanto a los nombres de personas, muchos de ellos eran hebreos (19), pero cabalmente esos mismos eran usados en Galilea como en la capital y su origen remontaba a los siglos en que el hebreo era el idioma corriente del pueblo de Israel.

Por lo que acabamos de exponer queda establecido que, en la época de Nuestro Señor, había en Palestina tres idiomas: hebreo, idioma litúrgico; griego, idioma oficial, usado en las relaciones administrativas y entre la gente culta; arameo o idioma popular. Cabe, pues, preguntar cuál de los tres usó Jesús en el ejercicio de su ministerio y qué forma revistió en su boca la predicación evangélica.

Los evangelistas, al reproducir los discursos del Maestro, no han pretendido transmitirlos en su forma original. Son contados los casos en que parecen haber querido dar una reproducción estrictamente literal. Esos casos son cuatro: 1º, dos invocaciones al Padre celestial (20); 2º, dos breves fórmulas que acompañan, una la resurrección de una niña (21) y otra la curación de un sordo-mudo (22). Esos ejemplos bastan para demostrar que Jesús, en su predicación, usaba el idioma materno, el arameo. En los casos que acabamos de señalar, precisamente por su carácter excepcional, se manifiesta la intención formal de conservar en su pureza nativa las palabras del Maestro, y no podemos suponer que los evangelistas se hayan equivocado. Los dos primeros, Mateo y Marcos, eran

(18).—Encontramos en el Nuevo Testamento cierto número de palabras compuestas que sirven para identificar algunos lugares de la ciudad de Jerusalén o de sus alrededores: Haceldama (Act. Ap. I, 19); Bethesda o Bethzatha (Jo. V, 2); Bethfagé (Mt. XXI, 1); Gethsemaní (Mt. XXVI, 36); Gabbatha (Jo. XIX, 13); Golgotha (Jo. XIX, 17). Un análisis minucioso demuestra que esos topónimos constan de elementos arameos y no hebreos.

(19).—Jacob, Johanan, Joseph, Juda, Simón, etc.

(20).—Mc. XIV, 36: abba (Padre); XV, 34: Eli, Eli, lamma sabachtani (Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?).

(21).—Mc. V, 41: talitha, koumi (muchacha, levántate).

(22).—Mc. VII, 34: effatha (ábrete).

oriundos de Palestina y escribían en una época en que la enseñanza del Salvador, reproducida por los primeros discípulos, quedaba exenta de toda alteración. Las fórmulas aramáicas conservadas por S. Marcos son como la marca auténtica de esa enseñanza. Por lo demás, sería inverosímil suponer que Jesús, salido del pueblo y dirigiéndose al pueblo, hubiera hablado una lengua otra que la lengua popular.

Eso no quiere decir que haya quedado extraño a la literatura hebráica. En sus pláticas se encuentran referencias directas al Antiguo Testamento: "No habéis leído en el libro de Moisés, como hablando con el Dios de la zarza, le dijo: yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob?" (23). Esas citas se refieren al texto hebreo. Pero sería un error ver en ellas una costumbre de literato. Manifiestan más bien un conocimiento de las Sagradas Escrituras conforme a la tradición corriente y sacado principalmente del servicio litúrgico. Además de la educación familiar, Jesús pudo estar en contacto con uno que otro maestro o *rabbi* de Nazaret, pero nada permite suponer que haya recibido lecciones de ningún afamado doctor. Quedó siempre fuera de la cultura propiamente rabínica. Eso no quiere decir que no haya concurrido a la sinagoga. Al contrario, ahí es donde parece haber inaugurado su ministerio (24). Ahí fué donde, durante su juventud, oyó leer y explicar la Ley y los Profetas. No hay por qué buscar más allá el origen de sus referencias bíblicas. Como su doctrina, su lenguaje debió ser espontáneo, independiente de todo estudio y de toda enseñanza oficial.

Jesús hablaba el arameo. Pero esa lengua comprendía varios dialectos. Hay que distinguir en primer lugar el arameo oriental, o de Babilonia y el arameo occidental, o palestinese. Es evidente que nos referimos a este último, tratándose del idioma materno del Salvador. Pero el dialecto palestinese se subdividía a su vez en

(23).—Mc. XII, 26. Cf. Exodo, III, 6. — "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Mc. XII, 31. Cf. Levítico, XIX, 18. — "Criólos varón y hembra". Mc. X, 6. Cf. Génesis, I, 27. Se podría señalar además cierto número de alusiones a los libros de Moisés, de Isaías y de los Salmos.

(24).—"El enseñaba en sus sinagogas... Habiendo ido a Nazaret, donde se había criado, entró, según su costumbre, el día de sábado, en la sinagoga, y se levantó para leer". Lc. IV, 15-16.

tres ramas correspondientes a las tres provincias de Judea, Samaria y Galilea, cada una con su carácter propio y sus particularidades. La diferencia era particularmente sensible entre la lengua del sur (Judea) y la del norte (Galilea). La del sur, que era usada en las principales poblaciones de Palestina, es la misma que se encuentra en algunas partes de los libros de *Daniel* y *Esdras*, en el Targum de Onkelos y unos cuantos otros documentos de la literatura judaica (25). La del norte, al contrario, era una lengua eminentemente popular o, si se quiere, una especie de "patois". En Judea, ese idioma de campesinos provocaba los sarcasmos por las confusiones a que daba lugar. Sabemos por los mismos evangelios que en Jerusalén, los apóstoles eran reconocidos como galileos por su manera de hablar (26). Se puede suponer sin embargo, que, hablando el idioma de Galilea, Jesús no quedaría extraño al arameo literario. Sus viajes a Jerusalén dan un fundamento a esa hipótesis.

La tradición cristiana de los primeros siglos, resumida por el historiador Eusebio de Cesárea (27), conoce un Evangelio que llama "hebreo" y que considera como la obra original del apóstol San Mateo. Según San Ireneo y Orígenes, nuestro primer Evangelio canónico no sería otra cosa que una traducción de esa obra. Eusebio comparte esa manera de ver. Un poco más tarde, San Jerónimo se adhiere a ella y cree reconocer el Evangelio primitivo en lo que llama "Evangelio de los Hebreos", que encontró en manos de los Nazarenos de Berea (28). Pero ese libro parece haber sido un documento apócrifo y, en todo caso, no tiene nada que ver con el Evangelio primitivo. La opinión que acabamos de referir parece tener su origen en la noticia que nos ha conservado uno de los más antiguos escritores eclesiásticos, Papias de Hierápolis, según la cual "Mateo escribió los dichos (del Señor) en idioma hebraico, y cada uno los interpretó como pudo" (29). Según el sentido obvio de ese

(25).—A ella pertenecen también las inscripciones palmirenses y nabateas.

(26).— "... se acercaron los circunstantes, y dijeron a Pedro: seguramente eres tú también de ellos, porque tu misma habla te descubre". Mat. XXVI, 73.

(27).—*Historia eclesiástica*, III, 39; V, 8; VI, 25.

(28).—*De viris illustribus*, III.

(29).—En la *Historia eccl.* de Eusebio, III, 39. Papias, obispo de Hierápolis, redactó su obra de *Explicaciones* a mediados del siglo II. Esa obra desgraciadamente no se ha conservado sino en algunos fragmentos que reproduce Eusebio.

testimonio, el apóstol puso por escrito los dichos o sentencias (en griego *logia*) del Salvador, usando para eso el idioma hebreico, y ese documento dió lugar a varias interpretaciones. Como lo hemos visto, en los tiempos apostólicos se entendía por "idioma hebreico", no la lengua bíblica, sino el arameo.

Es de suponer que las "sentencias" recopiladas por San Mateo no fueron el único documento evangélico escrito en arameo, pero es el único cuyo recuerdo la tradición nos ha conservado, poniéndolo en relación con el primer Evangelio canónico. De ahí que muchos autores hayan considerado este último como una simple traducción del "evangelio hebreo". Y sin embargo, es sumamente probable que hubo, desde el principio, otras recopilaciones de las palabras del Señor, tanto en griego como en arameo, ya que los apóstoles tuvieron que predicar el Evangelio en uno y otro idioma, según los lugares y circunstancias.

Las consideraciones que acabamos de exponer bastan para asentar las siguientes afirmaciones:

1º La lengua materna de Jesús fue el dialecto galileo del arameo palestinese, y ese fue el idioma que habló durante toda su vida pública, tanto en Jerusalén como en su tierra nativa.

2º Al principiar su ministerio, los apóstoles tuvieron a la mano recopilaciones de las principales sentencias del Salvador redactadas sea en su forma primitiva, es decir, en arameo, sea en una forma adaptada a las necesidades de la predicación, en ese griego vulgar, que era conocido en todo el Oriente con el nombre de "dialecto común" y en que fueron escritos posteriormente casi todos los libros del Nuevo Testamento (30).

P. Teófanés CALMES, SS. CC.

(30).—Con excepción de San Lucas, que usa un griego clásico.